

# Esta mañana de septiembre

11.X.72

Por Francisco COLOANE

Sí, la vi ayer. Primero una bandada de adolescentes que marchaban desde la Alameda por Miraflores. Yo estaba en la editorial Orbe. En la asonada lumpesca de hace años, la del 2 de abril, estaba en otra editorial, la "Del Pacífico", con Mario Rivas, ahora fallecido, y Alejandro Magnet y Santa Cruz. Salvamos un niño que se metió por entre las mallas de la cortina de hierro. Las balas silbaban. Llegaron los tanques del Ejército. Carabineros se retiraron. Vimos las ambulancias llevar muertos y heridos. Una muchachita de los puentes del Mapocho, pelusa de pocos años, empezó a contar su botín sentada en la acera después de la refriega... no era una secuencia cinematográfica, ni mi imaginación inventaba nada. Ayer almorcé con el poeta Zlatko Brincic y otro amigo. Hablamos de hacer un argumento cinematográfico sobre los yugoslavos y los chilotos en Magallanes. Los dos pueblos que con sus manos han hecho las bases de la riqueza de esa lejana región. Unos llegaron en la goleta "Ancud", otros del Adriático en veleros que por el Estrecho pasaban a California. Se quedaron allí, en Antofagasta, en Pancho y San Francisco. Cuando dejamos nuestras ambiciones cinematográficas y salimos a la calle, corrían las serpientes de las bombas lacrimógenas sobre el pavimento. El amigo, que ha sido aviador y esquiador andino, nos gritó: "hay que correr contra el viento". Así se evita el gas lacrimógeno. Sin embargo, el dolor a los ojos, a las muelas, al corazón, no sé si se lo debo a las serpientes venenosas, a "la señorita úlcera" o a mi atolondrado corazón de viejo primaveral.

"El Mercurio" que, a pesar de todo sigue siendo el diario más serpentino de la derecha reaccionaria, dice textualmente: "Un joven sin oficio, de 17 años, identificado como Mario Avilés Oyarce, resultó muerto en la tarde de ayer... En el enfrentamiento, participaron estudiantes, grupos de sectores políticos extremistas y numerosos delincuentes que se mezclaron en la refriega... como lanzas y monreros, que aprovechándose de la gran confusión se dedicaron a romper vitrinas de negocios y a robar diversas especies".

"Respecto a la muerte del joven Mario Avilés, en la Prefectura de Carabineros se informó que era prematuro culpar a la policía de la muerte del muchacho. "La información que tenemos

—se dijo— es que en ese lugar hubo enfrentamientos entre miembros del FER y estudiantes secundarios, que fueron apoyados por gente que estaba en los edificios, y que se dedicaron a lanzar a la calle todo tipo de artefactos. Una pedrada o uno de esos objetos —se añadió—, caído desde lo alto, pudo haber provocado las lesiones del joven Mario Avilés".

La realidad que estamos viviendo en esta simple mañana de septiembre, confieso que me queda grande como cuentista, dramaturgo y novelista. De todo eso he hecho un poco, malo y bueno; pero aún no he podido escribir como Esquilo un "Agamenón" sobre la tragedia que titularía "¿Quién mató al general Schneider?"

Hace unos días desfiló la clase trabajadora, la que nos da de comer y vestir a soldados y civiles, a ricos y pobres; lo mejor de nuestro pueblo, y por centenares de miles, y no se rompió un solo vidrio. Me sentí orgulloso de pertenecer a un pueblo así, ordenado, viril, femenino, infantil; pero no al de los asesinos, vengan de donde vengan, invoquen a "la patria" o a "la libertad", mancillen o no el sagrado nombre del Che Guevara, o de Cristo o de Marx.

No se puede creer en los llantos de Nixon ni en el de los generales ex nazis, "horrorizados" por la horrible masacre de israelitas y árabes en las Olimpiadas de Munich. Tragedia que también nos retrotrae a los grandes tiempos griegos cuando los poetas nos dieron su grandeza humanística, retomada como una antorcha por los profetas de la Biblia, y transmitida por todos los pensadores auténticos como la antorcha eterna en esta olimpiada entre el Bien y el Mal que llevamos dentro y fuera de nosotros mismos. ¿De qué se horroriza el señor Nixon si en esta misma mañana de septiembre deja caer sus bombas sobre hombres, mujeres y niños que no participan en los combates del Vietnam? ¿De qué los oficiales de la policía de Munich si sus antecesores asesinaron seis millones de judíos en los hornos crematorios de Hitler? ¿Llorarán sus seguidores chilenos hoy o mañana sobre el cadáver de este joven cuya vida ha sido tronchada como una flor de esta primavera de septiembre de 1972?

Nuestro pueblo, nuestro ejército, nuestra marina, en cuyos senos me he formado, porque he sido ovejero, milico y marino, tienen que parar la mano de los asesinos invisibles y descubrirlos antes y no después de esta mañana de septiembre.

dijo una vez mi dulce amiga Adriana Dittborn. Pero mi corazón, ya cansado, me obligó a sentarme en "la plaza de los aburridos", como la llaman los de mi barrio porque allí se aburren desde los obreros municipales hasta los viejos que a veces nos vamos a sentar. Pero antes pasé a comprar el diario "La Prensa". El suplemento que me deja todos los días EL SIGLO y "El Mercurio", me dijo con malicia: "Usted quiere saber las tres verdades", me dijo con malicia. Sí, le contesté, no tengo plata ni aguante para más. El estuvo en la Marina de Chile, como yo, y nos entendemos. ¿Qué pasa cuando un marinero en tierra traiciona a su compañero? "Claro... se destripa una pescadita", me agregó.

En la plaza de los aburridos tres jardineros charlaban con un pie sobre sus palas y horquetas. Un estudiante leía un grueso libraco. Los gorriones se acercaban a los tarros de basura, los zorzales buscaban con su fino oído el rumor de los gusanos. Un gorjeo más alto parecía el de una diuca. El trabajo en el hospital a las ocho de la mañana. La perfecta coordinación de los auxiliares, enfermeras y médicos radiólogos ante la multitud de enfermos que esperábamos, era admirable. Me parecía un barco en plena navegación, en contraste con esta gente de la plaza. Pasó Elisa, con sus diecisiete años, como una reina primaveral. Todos levantamos la vista hacia ella, y... "aguas que no has de beber déjalas correr".

La mañana empezó a ensombrecerse. Así es la primavera, un eslabón de luz y otro de sombra:

"Joven de 17 años muerto en violentos incidentes". Mario Avilés Oyarce, falleció en la Posta Central, luego de recibir en la cabeza una bomba lacrimógena. "El contador Pedro Araya quedó grave al recibir otra bomba cuando estaba en la ventana de un noveno piso". Una bandada de palomas se dejó caer sobre la plaza. Mi viejo corazón palpitaba. Me acordé de la canción: "Asómate a la ventana, paloma del alma mía..."

En casa me esperaban otros titulares: "Un muerto en incidentes". "Honras fúnebres de atletas israelíes". "Solemnidad y Pena en el Estadio Olímpico". "TRAGICO DESENLAZADO DE LA VIOLENTA ESCALADA DERECHISTA".

A veces uno escribe con la razón y otras con el corazón; puede que de allí provenga el lema entre las alas del cóndor y las patas del huemul que decoran nuestro escudo nacional: "por la razón o la fuerza". Felizmente la dialéctica de la naturaleza ha dotado al hombre de un corazón más débil que su cerebro. Este es el último en morir y, posiblemente, fue lo que permitió a Goethe sus últimas palabras de anciano moribundo: ¡Luz, más luz!

Pero en esta mañana del siete de septiembre la había bastante en las primeras horas en que salió el sol, cóndor dorado por sobre el lomaje de los Andes. Como un huemul yo tenía que estar a las ocho de la mañana en el Hospital Salvador para un examen radiológico de una úlcera "con nicho" en el duodeno. Los médicos nunca dejarán de jugar con la muerte hasta en su vocabulario técnico.

Después del examen fue muy breve el diálogo con el hombre de ciencia:

—Estoy al otro lado, doctor?

—Sí, la úlcera está cicatrizada; pero tenga cuidado, los tejidos no son los mismos.

—Pero ¿ya no tengo nicho, doctor?

—No; no tiene nicho.

Una alegría súbita me invadió cuando salí del hospital. El sol de septiembre rutilaba más que en ninguna fiesta patria. Y me fui repitiendo como un niño "ya no tengo nicho", "ya no tengo nicho, nicho... ¡Dios! ¡Sol! ¡Primavera de la tierra mía! ¡Ya no tengo nicho!". Una sonda oscura penetró de pronto en mi corazón, y de allí al sol de mi conciencia: la de la ingratitud humana; ya me había olvidado del hospital y del médico que me había atendido. Tres meses yendo y viniendo del hospital a mi casa me habían hecho comprender la sabiduría de nuestro roto cuando dice "qué importa, habiendo hospital y cárcel", o "el miedo es cosa viva". Sí, el instante en que más se vive tal vez sea en el que se muere. Los epilépticos, cuando transpasan el umbral de la conciencia, saben muy bien esto. Son los que llevan en sus personas todos los días el drama de Cristo: Muerte y resurrección. Por eso Dostoyevsky pudo escribir su "Crimen y Castigo". "Creo en el hombre —me dije con rebeldía—, y no en Dios", cuando me vi salvado del "nicho". En un buen médico y no en un mal médico. Creo en los doctores Asenjo, Valladares, Klinger, Ronban, Armijo y no en otros patanes burocráticos que he conocido. El tiempo pasa en pasado, presente y futuro. "Uno vive en tres tiempos", me